

El valor de las cosas

B. SÁNCHEZ-ROBLES
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA



“En los 20 días transcurridos desde la muerte de Rafael Termes hemos leído numerosos artículos o comunicados que destacaban distintas facetas de su persona. Algunos hacen énfasis en su trabajo como banquero y en su papel clave en la modernización del sistema bancario español”.

te: “De que tengo muchos amigos” nos dijo con toda sencillez.

Los amigos de Termes se contaban por decenas, de diversas edades y variados ámbitos de la sociedad: desde colegas hasta ex alumnos, pasando por antiguos empleados o compañeros de montaña. Se estaba a gusto a su lado, quizá porque era buen conversador, tal vez porque nunca hablaba mal de nadie, probablemente porque siempre, incluso en los últimos meses de su vida, derrochaba sentido del humor, cordialidad y optimismo. No era difícil sentirse amigo suyo: su cercanía y afabilidad resultaban irresistibles, lo mismo que su eficacia a la hora de

hacer un favor o ayudar a resolver un asunto. Son numerosos los casos que lo ilustran. Baste un ejemplo. Hace años un profesor, en los primeros años de su carrera, estaba analizando el impacto de la liberalización financiera en el crecimiento económico español de los últimos decenios. Tuvo la osadía de llamar nada menos que al ex presidente de la AEB para que le echara una mano. Pues bien, se la echó inmediatamente. Le recibió en la sede del Banco Popular, reunió a otros colegas y entre todos hicieron aportaciones muy valiosas a su trabajo. No se limitaron a despachar con palabras vagas o frases ampulosas al investigador inoportuno que les quitaba tiempo, sino que le proporcionaron una ayuda muy concreta. De hecho, el propio Termes, con su paciencia característica, le explicó cómo calcular e interpretar un indicador de eficiencia financiera que luego el joven profesor incluyó en las regresiones que componían el grueso de su artículo.

Termes era un gran amigo de sus amigos. Un amigo un tanto original, es cierto: posiblemente era el único en España que felicitaba las Navidades adjuntando a la tarjeta un artículo de interés, como invitando a aprovechar cualquier ocasión, también esas fiestas, para leer y enriquecerse; un amigo, en todo caso, empapado de un hondo aprecio por las personas, que brotaba de modo natural, como una aplicación práctica de sus convicciones humanistas.

Un banquero conoce bien el va-

lor de las cosas, y más en particular del dinero. No en vano buena parte de su trabajo consiste en valorar: proyectos de inversión, empresas, acciones, créditos, deudores... Termes había dedicado su vida a esta tarea y estaba muy lejos de ver el mundo financiero con desprecio o lejanía. Le gustaba su trabajo y era consciente de que el dinero bien empleado es clave para el progreso de una sociedad. Frente a determinadas posturas maniqueas —o cuando menos ignorantes— que identifican beneficio y codicia, insistió en que el beneficio cumple una función social fundamental en cualquier nación.

No obstante, era ecuánime a la hora de asignar prioridades, y sabía bien que por muy interesante o protagonista que sea el mundo financiero, aún más fascinantes, todavía más cruciales, son las personas. Poseer esa comprensión cabal y profunda del papel de la riqueza como motor de la conducta, sin deslumbrarse por su brillo y situándola en su lugar adecuado en la escala de valores vital implica, a mi juicio, tener una inteligencia notable y una gran calidad humana.

A mí me resulta llamativo que un banquero dijera, en el ocaso de una vida plena de éxitos profesionales, que aquello que más aprecia es la amistad. Y me ha dado mucho que pensar. Se trata de toda una lección —más rica que mil tratados de economía— sobre el auténtico valor de las cosas.

Otros subrayan su contribución a la puesta en marcha del IESE, al que estuvo vinculado hasta el final de su vida. También se ha destacado en estas semanas el calado antropológico de su pensamiento y de sus obras, donde encontramos unas convicciones liberales profundas, combinadas armónicamente con una visión realista del mundo y el hombre; se ha comentado, asimismo, cómo el ingeniero catalán hacía accesible hasta los conceptos financieros más abstrusos al público no especializado; más de uno, en fin, lo ha comparado con el hombre bueno del que hablara Machado.

Mi intención no es recalcar estos puntos, sin duda presentes en el financiero pero ya bien conocidos, sino escribir sobre algo que no he visto en la prensa de estos días y sí en la figura de Termes. Me refiero a su gran aprecio por la amistad.

En enero pasado nos reunimos con Termes un grupo de personas relacionadas con el mundo de la economía y las finanzas. En el transcurso de aquella conversación informal nos relató algunos aspectos de su trayectoria y nos habló de su trabajo en la banca y en el IESE. En un momento dado de la conversación, le hicimos la siguiente pregunta: “Usted ha sido consejero delegado de uno de los grandes bancos españoles; ha presidido durante 13 años la AEB; ha colaborado en la construcción del IESE; ha escrito mucho... ¿de qué está más orgulloso o satisfecho?”. Su respuesta fue sorprenden-